
PLATICA XV.

QUE SIENDO CIEGA NUESTRA FÉ, DEBEMOS CREER EN SUS
MISTERIOS, SIN ATENDER
A NUESTRA VANA CURIOSIDAD.

A 26 de Julio de 1690.

No fuera nuestra Fé tan admirable, tan sobrenatural y tan prodigiosa, si nuestros ojos pudieran dar razon de sus luces, si nuestras palabras pudieran explicar sus secretos, y si nuestros entendimientos pudieran penetrar sus misterios. Más puede Dios hacer que quanto puede entender el hombre, dice Agustino. Mas para que de algun modo hagamos concepto de lo que la Fé nos dice, pase cada uno por la consideracion este suceso:

Una miserable muger, ó fuese á merecida pena de sus delitos, ó á efectos de su desgracia, estando preñada fué puesta, mejor diré, enterrada en un hondo y tan oscuro calabozo debajo de tierra, que sin amanecerle allí jamas el dia, la escasa luz de un candil era la que latiendo á pausas le acordaba solo que estaba viva. Llegóse el tiempo y dió, iba á decir a luz, mas no la dió sino á tinieblas, una

tan desdichada criatura, que aun desde el vientre se le perpetuó la cárcel: allí fué creciendo, más que en la edad, en la desdicha, porque se iba llegando á conocerla. Alumbróle al fin la luz de la razon entre aquellas tinieblas, y vióse entónces sin gozar mas espacio su vida, que cuatro cavados respaldos; pero á la madre ya le era algun consuelo su compañía, y algun alivio su conversacion. «Mira hijo, le decia, aquí sobre nosotros está un mundo, ¡qué hermoso! si lo vieras; yo no sabré explicártelo, porque ni tú me has de entender, ni te has de hacer capaz por mas que yo te diga; pero quizá algo alcanzarás si te lo explico por esta nuestra presente desdicha. Ves esta agua que aquí nos dán tan escasa, tan turbia y tan medida; pues si la vieras allá cómo corre en los rios, cómo nace en las fuentes y cómo á tiempos llueve del cielo! Ves esta luz de este candil, ¿no es hermosa? ¡Pues si vieras al Sol! (aquí, aquí me faltan las palabras) ¿cómo lo entenderias? Mira, junta en tu pensamiento mil veces esta luz, y no llega: vuelve á poner otras mil, y no alcanza; júntalas á otras tantas, y aun no se le parecen; y él solo apagara todas esas, de modo que en su presencia no lucen: él solo corre por el cielo; y ves cómo este candil llena de luz este espacio tan corto, así él; pero con mucha mas claridad vá llenando unos espacios tan grandes, tan dilatados, que yo no tengo palabras con que explicártelos.»

«Ya juzgo que cada uno de mis oyentes se habrá puesto con la consideracion en el estado de aquel mancebo allí nacido, allí criado, sin haber en toda su vida visto mas que aquel estrecho calabozo, patria de su desdicha. ¿Cuál estaria él, y cuál estaria cualquiera de nosotros, oyendo esto, si jamas lo

hubiéramos visto? ¿Qué concepto haría de esta grandeza? ¿Si lo creería? Harto necio fuera si lo creyera, dice aquí San Gregorio el Grande: (Greg. M. ap. Guill. Peral. *Sum. Vir. t. 1. tr. de Fide cap. 1.*) *Stultus puer si matrem ideo existimat de luce mentiri, quia ipse nihil aliud quam tenebras carceris novit.* ¿Pero cómo le servirían de consuelo estos pensamientos entre aquella su miserable desdicha! ¿Si alguna vez llegaré yo á ver esto que mi madre me dice? Y si por ver aquel su candil, aunque le ofrecieran libremente subir á ver el sol, él no quisiera, ¿qué dijéramos? ¡Ah, fieles! Pues lo que á aquel en el calabozo le decia de este mundo su madre, mucho mejor á nosotros, en el calabozo de este mundo nos lo dice del Cielo, de la Gloria, de la Eternidad y de Dios, nuestra Madre la Iglesia, con las noticias que nos dá por la Fé.

Esta es, dice el Catecismo, la luz con que sin ver creemos. ¿*Sin ver?* ¿Pues qué busca tu curiosidad, alma? Tu corto entendimiento, ¿qué averigua? Si no entiendes, si no sabes cómo una hormiga en un cuerpo tan pequeño tiene todas las operaciones de la vida: si no entiendes cómo una abeja de las flores labra una miel tan dulce, ¿cómo te atreves á querer averiguar cómo será el ser indeficiente de Dios? ¿Cómo es uno en la Esencia y tres en las Personas? ¿Cómo quieres alcanzar las obras de Dios, si no sabes cómo hacen sus obras unos animales tan pequeños como las abejas? Si aun lo mismo que tienes en las manos no lo entiendes, ¿cómo quieres averiguar lo que pasa allá sobre los cielos? Dime, ¿cómo es tu alma? Toda en la cabeza, en los piés toda, que ya con el entendimiento discurre, ya con la voluntad ama, ya con la memoria se acuerda, ó que ya en el sueño co-

da ella parece que se esconde, todo el entendimiento pára surto, y toda la voluntad se suspende. ¿Cómo es esto?—No lo sé.—Pues si de tu misma alma, que tienes dentro de tí, no sabes dar razon, ¿cómo te atreves á querer averiguar lo que pasa allá dentro de Dios y sus soberanos misterios?

Llevaba un Filósofo no sé qué, muy tapado debajo de la capa; encuéntrale un mancebo y preguntale curioso: ¿qué llevais ahí? Y respóndele pronto: por eso va tapado, porque tú no lo veas, que si quisiera que tú lo supieras, con llevarlo descubierto no aguardara á que me preguntaras: *Ideo celatum, ne tu videas.* ¿Pues quién te mete, hombre, quién te mete muger en querer averiguar lo que Dios quiere que tú no veas? ¿Quién te mete en escudriñar lo que Dios quiere que esté escondido? Oyentes míos, en las materias de la Fé cerad los ojos, bajad la cabeza, sujetad el entendimiento á lo que Dios nos dice y callad; que los que por despuntar de agudos se meten en las conversaciones á Teólogos, están en un gravísimo peligro. La mariposa que no contenta con ver la luz, se mete á averiguar la llama, allí paga su atrevimiento quemándose las alas. Luz es nuestra Fé, y tambien es lumbré. Bástenos creer con su luz lo que no vemos; no por quererlo ver con nuestro corto entendimiento nos metamos en su fuego. *Sin ver, sin ver creemos;* esa es el mérito de nuestra Religion, y ese es el ver ciego de nuestra Fé.—¿Ver ciego?—Sí; mírenlo en un estupendo prodigio:

Sucedió en la China el año de 1607. (Rayn. tom. 9. fol. 276. núm. 60.) Uno de aquellos persuadidos á las verdades Católicas, que allí predicaban los de la Compañía de Jesus, pidió el Bautismo; pero luego haciéndole fuerza cómo podía ver con la Fé lo

que no veía con los ojos, se retiró y no quiso recibirlo. Al punto se halló ciego de un modo admirable, porque levantando los ojos veía claramente el Cielo; pero bajándolos, nada, nada veía de todo el mundo.—¿Qué es esto?—Pide el Bautismo, y al punto que lo pidió hallose del todo sano; vuelve á arrepentirse, y vuelve otra vez á hallarse como ántes, ciego para el mundo y con vista para el Cielo. Eso bastó para que luego, ya sin arrepentirse, se hiciera Cristiano. ¡Ah, fieles! La vista de la Fé toda hácia el Cielo, no la hemos de querer medir con la vista de las cosas rateras y viles del mundo. Fijad, fijad toda la atencion en la Fé, porque las razones, los argumentos y los discursos, no sirven, porque no alcanzan. Dios es quien lo dice, no es menester mas.

Por eso añade el Catecismo: *Con que sin ver creemos lo que Dios dice.* ¡Oh, qué fundamento! ¡Oh, qué basa, que tan firme como el mismo Dios es nuestra Fé! Es tan segura su verdad, que Dios dejaría de ser Dios si ella faltara; de modo, que lo que Dios dice, eso es lo que por nuestra Fé creemos, y lo creemos porque Dios lo dice. Acá entre los hombres creemos lo que alguno nos dice; lo primero, lo primero, porque estamos persuadidos que él está bien informado, y que así no se engaña; y lo segundo, porque le tenemos por hombre de bien, y así creemos que no nos querrá engañar; y por eso no hay que replicar á un *yo le ví* de un hombre de bien. ¿Pues qué dirémos á una Sabiduría infinita que nada se le esconde, y á una Bondad inmensa que ni la mas leve mancha admite? que si fuera capaz nuestro entendimiento de una Fé infinita, toda esa la debíamos á Dios, para que fuese digna correspondencia á lo infinito de su verdad: *Creduli-*

tas digna Deo, que dijo San Agustin. La verdad, por una de dos falta; ó porque se engaña el que lo dice, ó porque quiere engañar á aquel á quien lo dice: Dios, ni se puede engañar, porque es infinitamente Sábio; ni puede engañar, porque es infinitamente Bueno: síguese de aquí que las verdades que Dios nos dice, son tan firmes, tan del todo infalibles, tan eternas, que primero dejaría Dios de ser Dios, que las verdades de nuestra Fé dejaran de ser verdades.

Ya, pues, el *por qué* de la Fé, que es el que allá en las Escuelas llaman objeto formal, es la verdad de Dios; por eso dice el Catecismo: *¿Qué nos enseña la Fé?* R. *Que creamos en Dios como en infalible verdad.* De modo, que si te preguntan por qué crees los misterios de la Fé, no has de dár por razon: Los creo porque nací en el gremio de la Iglesia; porque me he criado con esta leche y esta doctrina; porque veo que todos los creen; porque así me lo persuaden y me lo predicán; porque si no los creo, me castigarán; nó: todas esas no son razones, ni son motivos que sirven á la Fé.—¿Pues qué he de responder?—*Creo porque Dios lo dice*, y no mas.—¿*Por qué crees que Dios es uno solo en la esencia y trino en las personas?*—Lo creo, porque lo dice Dios.—¿*Por qué crees, que la segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre, siendo juntamente Dios, y que padeció y murió por nosotros?*—Lo creo porque lo dice Dios. Y ésta es la única é infinita razon de toda nuestra Fé: *Porque lo dice Dios, que es verdad infalible.* Por eso, pues, siendo tantos y tan diversos los Misterios que creemos, con todo eso, la Fé es una sola. (*Ad. Ephes. cap. 4.*) *Unus Deus, una Fides, unum Baptisma*, dice San Pablo; porque ahora sea este Mis-

terio, ahora aquel, ahora de las cosas Divinas, ahora de cosas criadas, como todo lo creemos solo porque lo dice nuestro Dios, nuestra Fé es una sola, aunque sean de cosas contrarias. Pongo por ejemplo: Creo que hay un infierno eterno para los malos, y creo que hay una Gloria eterna para los buenos; y uno y otro, infierno y Gloria, los creo porque lo dice Dios. Hé aquí una sola razon para creer dos cosas contrarias. Pues por eso es una sola la Fé: *Una Fides*; y por eso el que deja de creer un solo artículo de la Fé, pierde toda la Fé, y es Herege; porque si todos los Misterios de la Fé es Dios quien los dice, el que deja de creer uno solo, en ese solo deja de creer lo que Dios dice, y pierde sin duda la Fé. Como la citara no está templada si una sola cuerda disuena, porque la armonía es una sola de todas las cuerdas juntas y templadas.

—Ya, Padre; pero si á mí nunca se me ha aparecido Dios; si ni me ha dicho, ni me ha revelado los Misterios de la Fé, ¿cómo sabré que Dios es el que lo dice para creer sus Misterios?—Esa misma pregunta ya la previno en otra parte el Catecismo: *¿De dónde sabeis vos haberlas dicho Dios? Y responde: De nuestra Madre la Santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo.* Por eso tambien aquí añade: *Con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.* ¡Quién no vé las ánsias con que asida á la madre una criatura busca inquieta el pecho, y cuando ántes llorosa, al punto que le dán el pecho sosegada y cerradillos los ojos mama; y qué segura, sin ver lo que mama, sin saber ni de qué color es la leche, sin averiguar si chupará veneno por sustento! ¿Qué quieren (nos dijera, si supiera hablar, si supiera entender) qué quieren? si es mi madre, en cuyas entrañas recibí la vida, ¿cómo me

habia de dar por los pechos el veneno? Si me ha dado el ser en el vientre, ¿cómo en sus pechos me habia de dar la muerte? Así, pues, Católicos, nos dice mi Padre San Pedro, como infantes tiernos en la inocencia, sin mas averiguar hemos de recibir de los pechos de nuestra mejor Madre la Iglesia, la mas pura leche de su Doctrina: *Quasi modo geniti infantes rationabile sine dolo lac concupiscite.* Lo mismo que la madre come, eso mismo come la criatura, dice San Agustin; mas como la criatura tierna no puede mascar el manjar, la madre lo masca, lo digiere y lo suaviza para dárselo á la criatura en proporcionado alimento. Así, pues, como la madre, la Iglesia junta todas las verdades que esparcidas reveló Dios en todas sus Divinas Escrituras; las Tradiciones que recibidas de la misma fuente, de Aquel que es la Verdad y la Vida, nos enseñaron los Apostóles; las Definiciones y Cánones que en diez y ocho Generales Concilios han establecido juntos los mas santos, mas doctos y mas insignes hombres que ha tenido el mundo. Y de todo este sustento de verdades, Dios, por la boca de su visible Cabeza, que es el Supremo Pontífice Romano, nos derrama á todos nosotros la dulce leche de la Fé, todo el sustento de la mejor vida. Así que, con infinita seguridad y certeza, creemos que son verdades de Dios todas las que cree nuestra Fé, porque nos las propone la Iglesia; y no como si á tí y á mí en particular nos las dijera y nos las revelara Dios, porque en esta revelacion particular podíamos y debíamos temer el peligro de que nos engañara el demonio trasfigurado en Angel de luz, como tantas veces lo ha hecho con algunas almas noveleras y amigas de revelaciones. Mas en lo que la Iglesia nos propone, es imposible que haya ni el mas leve

engaño; porque asistida siempre del Espíritu Santo, no podrá faltar su Fé, que es promesa de Jesucristo: *Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua;* ni podrán jamás los errores de la heregía, que son las puertas del infierno, prevalecer contra sus verdades. Y como hasta aquí por mil seiscientos noventa años, á pesar de tantas heregías, á pesar de tantas persecuciones tan fieras, tan sangrientas, tan terribles, se ha conservado siempre pura; así durará siempre firme, siendo segura regla de las Verdades Católicas, hasta el fin de los siglos.

Prodigioso es á este propósito el suceso que refiere Vicencio Belvacense. (vicenc. Belv. *Spec. Hist. c. 17.*) En la terrible persecucion de Galerio, enemigo cruel del nombre Cristiano, Asclepiades, Ministro suyo y del demonio, adelantado por el oficio, y por la tiranía y crueldad mas adelantado, affligía a los Cristianos con terribles y estupendos tormentos. Entre éstos un Santo Mártir, llamado Romano, cuando entre los garfios, escorpiones y garuchas despedazadas sus carnes, entónces mas firme en el espíritu, mas constante en la Fé, tan lejos estaba de negarla por los tormentos, que ántes á todo esfuerzo procuraba reducir al miserable Juez al conocimiento y luz de sus verdades; y por eso olvidado de sus dolores y penas, vuelto á Asclepiades: Mira Juez, le dice, si á mí no me quieres dar crédito en la verdad de la Fé que te propongo, preguntale á aquel niño tan inocente, y de su boca (que todavía, como ni sabe hablar, no sabe mentir) oirás la misma verdad que yo te predico. Apuntábase, diciendo esto á un niño de pocos meses, que asido á los pechos de una madre Cristiana, estaba allí entre los demás del concurso. Apenas acabó de hablar el Santo Mártir, cuando el tierno infante,

que todo habia estado embebido en el pecho, déjalo al punto, vuelve la carita á mirar al cruel tirano, y en alta y clara voz, que oyeron todos, alza el grito y dice: *Jesucristo es el Dios verdadero.* Enmudeció suspensa la admiracion al concurso; pero el sacrilego tirano, aun mas colérico, vuelve con un semblante muy indignado á la criatura: *¿Pues quién te ha dicho á tí eso?* Y con mil gracias el infante tierno: *A mí,* le respondió, *á mí me lo ha dicho mi madre, y á mi madre se lo dijo Dios. Mihi mater, et matri Deus.* Alzó la multitud el aplauso, dejando corrido y avergonzado al Juez un tierno niño. ¡Qué linda respuesta, Fieles! no solo para confesar nuestra Fé, sin meternos en curiosas disputas, sino para darle un tapaboca al demonio, cuando nos viene en esta materia con peligrosas tentaciones y dudas.—¿Quién te ha dicho que te espera despues de esta vida un infierno eterno, si mueres en pecado mortal? ¿Quién te ha dicho que hay Gloria eterna para premiar las buenas obras? ¿Quién te ha dicho que está en los Sacramentos todo el remedio de tus pecados?—¿Quién me lo ha dicho? *Me lo ha dicho mi madre, que es la Iglesia, y á mi madre se lo ha dicho Dios.*—¡Oh, Madre amorosísima, Iglesia Santa, mil veces dichosos nosotros que en tu gremio santísimo nacidos; que alimentados á la leche purísima de tu doctrina nacimos! ¡Oh! y en tu gremio piadosísimo despidamos el último suspiro, logrando tus verdades, siguiendo tus consejos y ejecutando tus avisos para que si ahora con tus armas en esta vida militamos, despues en el Cielo triunfemos con palmas inmarcesibles de Gloria.